

Chamingorna



Isaac Palacios Metola

Cae la tarde, corta y gris, estamos ya a primeros de diciembre y el color de la sierra en esta época del año es de un azul intenso, tal vez morado oscuro.

El rebaño pace cerca del pequeño pastor, apenas visible por encima de las hierbas, carrascas, ulagas, romero y espliego que componen el suelo de este pastizal de Chamingorna, situado como a media legua del pueblo de Santurde y mirando ya hacia las aldeas de Arviza y Tondeluna.



Las ovejas se sienten inquietas y por eso se reúnen en un círculo, flanqueadas por los tres perros pastores que guardan el rebaño.

Un frío estremece la espalda del pequeño pastor, Pablo, que de forma afectuosa acaricia el lomo de Moro, su perro de confianza.

Un aullido, que le parece muy cercano, hace que Moro abra sus dientes y gruñe con un sonido ronco y largo.

Los otros dos perros, Canela y Tobi, apenas un cachorro, vigilan a los lados del rebaño, pero también comienzan a gruñir.

Pablo mira hacia la puesta del sol, y los ve claramente en el horizonte del llano que forma el pastizal de Chamingorna, al fondo los cercanos montes de La Langurna, Vizolazas, más allá las aldeas de Arviza y Tondeluna.

Es una pequeña manada de lobos, con su jefe adelantado un poco del resto y mirándolos fijamente con la cabeza levantada. ¡Dios mío, qué altura!



Solo, con sus fieles perros que seguro, piensa para sí, ¡no me abandonarán!, sobre todo Moro, que defenderá el rebaño hasta la muerte si hace falta.

Prepara su honda que siempre lleva en el zurrón, y saca también un par de piedras redondas del tamaño de una ciruela que siempre lleva preparadas.

El jefe de los lobos aún no está a tiro de su honda, pero si se arranca a correr, piensa Pablo, no dispondrá de mucho tiempo para disparar un par de veces y acertarle.

Vienen en abanico, son unos ocho o diez, con su jefe al frente, que siempre va adelantado en el vértice del grupo: quieren rodearnos y atacar al rebaño por todos los lados a la vez.



Cuando calcula que la distancia es la adecuada, Pablo voltea su honda, y a todo correr se dirige de frente hacia el jefe de los lobos. Moro le sigue al lado gruñendo.

Apunta bien, tensa su brazo que no le suele fallar, y dispara su honda. La piedra hace un silbido y ¡zas!, acierta en toda la cabeza del lobo, que comienza a gemir y se queda tumbado en el suelo.

Pablo y Moro saben que el lobo no está muerto, sólo está inconsciente por el golpe, pero seguro que se levantará de nuevo y es peligroso acercarse a él.

Por eso se paran y esperan con la honda preparada otra vez.

El resto de la manada de lobos se ha detenido e incluso algunos, al ver a su jefe tumbado, se retiran hacia atrás.

En cuestión de un minuto el lobo se levanta, da un traspies y parece que tiene intención de seguir atacando.

Pablo sabe que no hay que darle tiempo a que arranque de nuevo, apunta su honda, estira el brazo, y vuelve a disparar otra piedra que sale como un rayo.

Vuelve a acertar, esta vez en el lomo del lobo que gime y comienza a retroceder con las patas de atrás a rastras.

Es el momento de volver junto al rebaño, bien cuidado por Canela y Tobi, que no se han movido de donde estaban.

Ahora, a esperar la llegada de mi padre, piensa Pablo, seguro que no tardará.

Pero por si acaso, lo mejor será ir regresando por el pastizal hacia el camino que lleva al pueblo.

Casi no han comenzado a caminar por el

pastizal hacia el camino, cuando Moro comienza a ladrar.

Ya no es un ladrido de riesgo, suena como alegre.

Pablo ya sabe que lo que ha oído o visto Moro es a su padre, que estará ya cerca del pastizal.

Efectivamente, con la escasa luz de la tarde gris de otoño-invierno se vislumbra a lo lejos la silueta de un caballo y alguien montado encima. ¡Es padre!, le dice Pablo a Moro, y Moro le contesta con un par de ladridos de asentimiento.

- Padre, nos ha atacado una manada de lobos y le he acertado a su jefe dos veces con mi honda. Les hemos hecho frente Moro y yo, y se han marchado huyendo de nosotros.

No sé quién se explicaba mejor, si Pablo o Moro, que también participaba en la narración del suceso, o Canela y Tobi, que saltaban alrededor del padre y de Pablo.

Juan, el padre de Pablo, le abraza y le da una manta para que se caliente; con los nervios y la tensión Pablo está tiritando.

Lo monta en el caballo, y arrancan todos por el camino hacia el pueblo.

Apenas queda un poco de sol allí por donde han salido los lobos.

- ¡Qué listos! -dice Juan-. Atacan con el sol a su espalda para que no se les vea bien.

- Menos mal que tú, Pablo, y Moro tenéis buena vista. Y mejor brazo, Pablo, ja ja ja.

Bajan de Chamingorna y se acercan por el camino, ya en el llano, hacia Santurde.

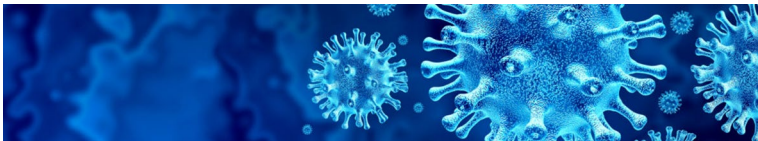


Las ovejas van tranquilas pero, como siempre al volver a casa con paso rápido, Canela y Tobi, a los lados del rebaño por las orillas del camino del Ubro, vigilan.

Ya están en las primeras casas de Santurde. En esos años de principios del siglo XX, tenía más de 700 habitantes, que vivían del campo, del ganado y de la leña del monte, así como de jornales que se producían en pueblos cercanos.

Este verano del Covid-19 -año 2.020- apenas han venido veraneantes al pueblo.

La gente, después del confinamiento en las ciudades, los muertos por el virus, las recomendaciones por la tele, y la prudencia que se debe tener, apenas se ha movido de sus domicilios y han preferido quedarse en Logroño, Bilbao o Madrid, a arriesgarse y venir al pueblo.



Uno de los que han venido es Pablo, médico virólogo de renombre que trabaja como investigador en el CSIC (Consejo Superior de Investigaciones Científicas) de Madrid.

Lo ha pasado muy mal con este virus, ya que le ha tocado trabajar muchas horas, con mucha responsabilidad, durmiendo muy poco, preocupado y arriesgando su propia salud muchas veces, para combatir esta enfermedad que está masacrando a todo el mundo.

Al final, María del Carmen, su esposa, médico también, le ha aconsejado que se viniera al pueblo una semana para desconectar. ¿Dónde podría estar mejor que en el pueblo de sus abuelos y de sus propias raíces?

Es curioso, piensa Pablo, cuando nació mi abuelo Pablo, me pusieron su nombre, se produjo

la gripe mal llamada española, año 1.918.

Ahora, después de 102 años, vuelve a demostrarse que la naturaleza es más fuerte que todos los adelantos de los hombres juntos.

Recuerda cómo le contaba su padre Andrés que su abuelo Pablo, pastor, se defendió él solo con sus perros de una manada de lobos, en aquellos años del siglo pasado.

Andrés, el padre de nuestro amigo médico-virólogo Pablo, se marchó a Madrid cuando hizo el servicio militar. Allí, trabajando de albañil, conoció a su mujer Marta que era del pueblo Arviza, pegando a Santurde.

Venían casi todos los años al pueblo en el verano, y cuando murieron sus padres, se hizo cargo de su casa, que arregló adecuadamente. Ahora ya apenas vienen, Andrés y Marta ya no tienen familia directa en el pueblo, y los amigos poco a poco van faltando.

Volvamos a Pablo, nuestro virólogo, en Santurde de vacaciones para descansar después de varios meses intensos de trabajo en Madrid. Caminatas por los alrededores del pueblo, alguna charla con los paisanos vecinos, mucha lectura y nula vida social.

En el pueblo se ha dado cuenta de que hay gente a los que no conoce. Personas generalmente jóvenes.

El otro día le contaba el alcalde que el

60 por ciento de los empadronados hoy en Santurde no han nacido en el pueblo, han venido posteriormente a vivir aquí.

Eso explica que se mantenga en más de 300 habitantes, mientras que los demás pueblos del entorno hayan disminuido considerablemente su población.

Se mantiene la Escuela, y le han informado que acuden diariamente unos 20 niños que hacen primaria; cuando comienzan secundaria, ya tienen que bajar a Santo Domingo.

Su esposa ha entendido que Pablo necesitaba estar solo, llenarse de vitalidad y fuerza durante unos días en la casa de sus padres y abuelos, con el fin de regresar después con más ganas a la lucha diaria.

Pablo entra en lo que fue casa de sus abuelos, y que ahora usan su padre y él para los veranos.

Casa antigua, casa de pastores que su padre reformó, acondicionando las cuadras de la planta baja como salón, cocina y merendero.

Al entrar al portal, lo primero que ve es el “cayado y la honda” de su abuelo Pablo, año 1.929. Apenas tenía 11 años su abuelo cuando se enfrentó a los lobos él solo en compañía de sus perros.

Están colgados donde los puso su padre Andrés cuando la arregló; respetó el lugar donde fueron colocados al día siguiente de la aventura de su abuelo Pablo con los lobos en Chamingorna.

Pablo reflexiona y se da cuenta de que su abuelo fue un modelo de conducta para todos en su época.

Luchó contra una manada de lobos que querían matar su rebaño, viéndole desprotegido con un pequeño pastor, apenas un niño, a su cuidado.

No me puedo quejar de mi trabajo, pensó Pablo; yo tengo toda la preparación posible para luchar contra este virus que nos quiere arrebatar a nuestros seres queridos, familiares, amigos, vecinos, paisanos, compatriotas, ciudadanos del mundo,

Seguro que, como mi abuelo, conseguimos entre todos triunfar ante esta adversidad, y venceremos al Covid-19.

En cierto modo, pensándolo bien, si se decidió por la medicina y se especializó en virología, fue recordando lo que le contaba su abuelo cuando venía de vacaciones a Santurde.

Le contaba que en el siglo pasado, cuando él nació, se produjo una gran gripe que llamaron española.

Era una extraña forma de enfermedad, que apareció en Madrid y luego se extendió por toda España.

Primero hablaron de casos en Logroño y después en todos los pueblos, también en el Valle del Oja y, por supuesto, en Santurde.

Le contaba que al principio no le daban mucha importancia, pero que en cuestión de unos meses, sobre el verano del 1918, unos tres meses después de aparecer la noticia, ya sufrieron casos de gripe.

En Santurde, Santurdejo, Ojacastro y Ezcaray hubo varios muertos, principalmente niños de corta edad.

Rara era la casa donde no había algún enfermo.

En Berceo y San Millán vivían unos íntimos amigos de sus abuelos. Le contaron que el practicante de esos pueblos cercanos al nuestro hacía 400 visitas diarias a los enfermos en sus casas, y ya había 16 fallecidos, la mayoría niños.

En el Convento de los Agustinos, en San Millán de la Cogolla, también estaban afectados de la gripe la mayoría de los estudiantes. Ya había dos fallecidos.

En total, le decía su abuelo, ¡en España pasaron de ocho millones los infectados, y murieron más de 300.000 personas por la gripe; en la provincia de Logroño murieron 1.790 riojanos!

La situación actual es muy parecida a la de hace 100 años con la gripe mal llamada española. Las autoridades recomendaban adoptar medidas generales de higiene, ya que también se propagaba por las vías respiratorias: desinfectar las ropas de los enfermos de gripe; evitar las aglomeraciones de gente en locales cerrados, barrer las calles

después de regarlas abundantemente; y lavarse bien las manos, cara, y vías respiratorias con agua hervida y salada.

En aquellos años, con menos adelantos que ahora y, por supuesto, con una sanidad muy reducida, se tomaron decisiones acertadas.

Cierre de las escuelas, desinfección de locales y limpieza de las calles, fueron medidas que no impidieron la gran mortalidad de dicha pandemia de hace un siglo.

Los Ayuntamientos mantuvieron brigadas con atomizadores para limpiar y desinfectar lugares públicos.

Utilizaban cresol, creolina y otros derivados de la hulla, hipocloritos, azufre y formol.

Recordaba a su abuelo decir que ¡el pueblo olía a desinfectante!

Se recomendaba no salir de las casas y protegerse con algún tipo de tela delante de la boca, para no contaminarse al respirar.

Se cerraron teatros y lugares de culto, en las ciudades se limitó el transporte público y se prohibieron los actos multitudinarios.

Curioso, reflexiona Pablo, ¡igual que ahora! La gripe se propagó en oleadas; la primera y la segunda fueron más lentas que la tercera, pero con una mortalidad superior.

La tercera oleada se desató casi al cumplirse

un año de las primeras infecciones; fue más contagiosa, pero con una menor mortalidad que las anteriores.

Los inicios de la pandemia se sitúan en el mes de junio del año 1918, siendo esta primera oleada escasa en cuanto a las infecciones, pero dramática en cuanto a muertes.

La segunda oleada se produjo en el mes de septiembre de 1918 y arrojó cifras muy preocupantes de mortalidad y de aumento en las infecciones. Octubre fue un mes devastador.

Ya en el año 1919, mes de abril, a un año de los inicios de la pandemia, se produjo otro brote con gran cantidad de enfermos de gripe, pero con una mortalidad inferior a las anteriores oleadas.

En España la mayoría de los muertos ocasionados por la gripe española se produjeron en el primer año, pero la pandemia se mantuvo dos años.

Paseando estos días por el pueblo de mi padre y de mi abuelo, me ha dado tiempo de reflexionar sobre las crisis sanitarias sufridas por la humanidad y las dolorosas huellas que dejan.

La viruela, la gripe, la peste, el cólera, el paludismo, han sido las patologías infecciosas más dañinas para el ser humano hasta mitad del siglo XX, pasando entonces el protagonismo a los procesos crónicos asociados a una mayor esperanza de vida y a la acción de nuevos factores etiológicos.

Pablo se prepara para regresar a Madrid y continuar su trabajo en el CSIC junto a sus compañeros científicos.

Lleva una nueva fuerza, que ha recogido en su pueblo.

Está lleno de esperanza y estos escasos días en la casa de su abuelo el pastor, le han llenado de fe en el ser humano, y en el trabajo diario dedicado a los demás.

Sabe que todo el trabajo desarrollado por los diferentes trabajadores de la sanidad, y también de todos los sistemas de protección de los que dispone España, ha sido recompensado ampliamente, en una disminución del número de muertos ocasionados por la pandemia.

Con el trabajo diario, el sacrificio de todos los españoles, y las vacunas que se están comenzando a poner ya, lograremos vencer este Covid-19.





Ayuntamiento de
Saturde de Rioja



Iglesia de San Andrés,
en Santurde de Rioja



Ayuntamiento de
SANTURDE DE RIOJA

moreno's
espectáculos

contratación y asesoramiento
del mundo del espectáculo

REPARACIONES



ÓSCAR

Electricidad
VALLE